

El Paraíso revisitado

LA INTERPRETACIÓN DE UN LIBRO

Juan José Becerra

Candaya. Barcelona, 2012.

124 págs.

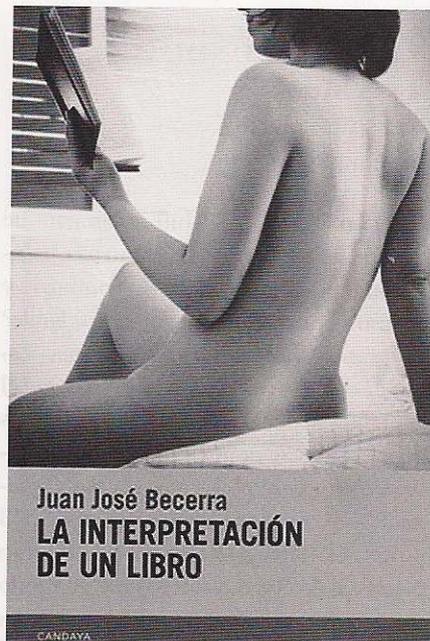
Fiel a su apuesta combinada de autores de un lado y del otro del Atlántico, Candaya nos ofrece en esta ocasión la novela del escritor argentino Juan José Becerra (Junín, Buenos Aires, 1965), un autor hasta ahora inédito en nuestro país si bien en Argentina cuenta con adeptos de peso como Alan Pauls o Martín Kohan. Dejando a un lado apoyos más o menos reputados, la lectura de *La interpretación de un libro* culmina con la certeza de hallarnos ante un autor de altura, como poco equiparable a los citados Pauls y Kohan y (arriesgando a sabiendas un juicio precipitado) no muy alejado de las mejores obras de Aira.

El tema de *La interpretación de un libro* resulta de tan elemental envidiable, uno de esos huevos de Colón tan codiciados por los autores en busca de ideas que cuajar en las páginas de una novela. Un escritor, Mariano Mastandrea, busca en los vagones de metro un lector de su primera novela *Una eternidad*, abandonada a su suerte en las mesas de saldos de las librerías de la calle Corrientes. En el suburbano acaba encontrando a Camila Pereyra, joven con la que acabará manteniendo una relación donde el amor y la palabra irán de la mano hasta límites imprevisibles.

El personaje escritor e incluso el personaje escritor que escribe su obra dentro de la novela puede considerarse sin duda un tópico (una suerte de *mise en abîme*) del que es posible encontrar múltiples ejemplos dentro y fuera

de nuestra literatura (pienso en *El Antólogo*, de Nicholson Baker, obra con la que la novela de Juan José Becerra parece compartir el empeño de desprender lo metaliterario de toda solemnidad para inscribirlo en el universo cotidiano del escritor). Lo que no resulta de ningún modo frecuente es encontrar casos en los que los personajes escritor y lectora decidan interpretar un libro, hacer que su vida (la de ambos) obedezca al dictado de la letra impresa, sin dejar nada de lado, ni siquiera las proezas sexuales del protagonista de *Una eternidad* que acabarán materializándose en la 'vida real' de la novela no solo con la colaboración sino con el infatigable denuedo de la idealísima lectora Camila.

Hasta aquí, sin restar méritos al hallazgo, el asunto novelesco podría transcurrir por el camino de la humorada y tal vez, por la fruición narrativa y el humor que desprende la prosa del autor, esto nos pareciera suficiente y hasta notable. Pero lo mejor de todo es que Juan José Becerra no se deja embaucar por los brillos seductores de la idea sino que, meticuloso y paciente, la lleva hasta sus últimas consecuencias. Y estas son sin duda las cuestiones acerca del hecho literario, la prelación de la lectura sobre la escritura o viceversa y, de paso, de la vida sobre lo meramente escritural (o todo lo contrario). ¿Qué ocurre cuando el lector encarna la letra hasta el punto de superar —y suplantar— al propio escritor de una obra? ¿Puede soportar un autor que un lector (lectora en este caso) se convierta en creyente de su libro? Caso de que la respuesta a esta última pregunta fuera positiva, ¿podría convivir el autor con él (ella)? Estas preguntas que nunca llegan a



enunciarse explícitamente son las que van dotando poco a poco al texto de tensión dramática, alejando al lector (y a los personajes) de ese Paraíso aparente que es el que constituyen un escritor y una lectora que, por añadido, se aman. Tal vez la tesis encubierta que pueda desprenderse de la lectura de *La interpretación de un libro* sea precisamente un trasunto de la historia del Génesis. El libro puede ser un Paraíso para Mariano y Camila (para escritor y lectora), sí, pero al igual que el Edén, todo paraíso tiene su fecha de caducidad. El final de la historia ya la conocemos. En *La interpretación de un libro* no ocurre nada distinto: la expulsión de Mariano y Camila de *Una eternidad*, el regreso al sudor de la frente, la escritura por un lado, la lectura por otro, cada cual a lo suyo.

JAVIER MORENO